



Año II.—Madrid 22 de Febrero de 1890.—Núm. 21.

D. PEDRO NOVO Y COLSON



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Península.....	{	Trimestre.....	2,50 pesetas.
		Semestre.....	5,00 id.
		Año.....	8,00 id.
Extranjero y Ultramar.	}	Año.....	15,00 pesetas.

Número suelto: 15 céntimos.

Deposito S. Bernardino, 8, segundo int.

Horas: de DIEZ A DOCE.

Autor de la obra dramática *La Bofetada*, estrenada recientemente en el Teatro Español.



Supongo que ustedes, como yo, estarán ya hartos de leer en todos los periódicos, diarios que el Carnaval va de capa caída, que es una fiesta que está dando las últimas boqueadas, que le quedan pocos años de existencia, que ya sólo es diversión para los cándidos que se visten de mamarrachos y otras mil cosas por este estilo, que en resumen quieren decir que las carnestolendas están muertas ó les falta poco.

¡Como si el Carnaval pudiera morir!

¡Ah!, si el Carnaval muriera, ¿quién iba á ser de los chicos que son brutos al par que tímidos y que sólo tienen estos días para dar rienda suelta á sus instintos y alentados con llevar tapada la cara declarar su amor á la sobrina del casero y dar un abrazo furtivo á la hija de la portera? ¿Qué de las mozuclas envidiosas que están esperando todo el año esta ocasión de vengarse de sus rivales dándole una broma pesada ó una cachetina á mansalva? ¿Qué de los que se sienten hombres de estado, si no tuvieran la satisfacción de ser Sagastas ó Cánovas por tres días? ¿Qué de los que sufren persecución por los ingleses y que en estos días no son conocidos? ¿Qué de los que se creen que nacieron para estudiantes de tuna con ó sin instrumento? ¿Qué de las señoritas que ejercen de aves nocturnas durante todo el año, y aprovechan el Carnaval para dar un pasito al sol ó á la lluvia? ¿Qué, en fin, del que es feo á machamartillo si no pudiera dejar de serlo siquiera por veinticuatro horas?

No, el Carnaval, como la forma poética, no desaparecerá, á no ser que algún año nos lo envíen por correo, en cuyo caso se puede tener la seguridad de que se extraña ¡*¡vaya si se extraña!*

El de este año ha sido un Carnaval pasado por agua.

El domingo fué seco, pero, no obstante, á mi patrona le volvieron los dolores de reuma y sintió fuertes punzadas en los callos del pie izquierdo, y, como no podía menos de suceder, llovió al día siguiente, esto es, el lunes, y... el martes siguió lloviendo.

¡Si vieran ustedes lo que ha contrariado esto de la lluvia á la susodicha patrona! Y lo peor del caso es que la buena señora tenía sobrada razón para mordorse los codos, de rabia, ó mordérselos á cualquier huésped.

Figúrense ustedes que la tal señora que, aunque la esté mal el decirlo, se llama doña Gorgonia, tiene dos niñas: O y Transverberación, de 40 y 32 años respectivamente, dos tiernos pimpollos, como dice su madre; y figúrense también que les había hecho sus trajecitos de máscara, que los niños no han podido lucir en todo el Carnaval; el domingo porque no está bien que sean domingueras las huérfanas de todo un sargento de provinciales, y el lunes y el martes por *mor* del agua.

La verdad es que ha sido una lástima que no hayan salido, porque si salen, malo había de ser que no atrapasen un novio, ó, por lo menos un catarro. Porque eso sí, los trajes son elegantes y frescos y de un efecto sorprendente.

Yo lo sé porque doña Gorgonia, no resignándose á que sus pimpollos no se los pongan, ha decidido que los use para andar por casa siquiera por una semana, á partir del jueves, día en que individual y oficialmente nos presentó á las hermanitas en traje de corte... casero.

Muy de mañana, y previos dos golpecitos en la puerta á modo de toque de atención, penetró en mi cuarto la simpática señora, acompañada de sus dos criaturitas, ya vestidas, es decir, ya vestidas de máscara.

No había mentido doña Gorgonia cuando anunció que los trajes eran sorprendentes.

El de O, la mayor, una morenita con ceñefas negras, que sería muy agradada si no fuera tuerta, es magnífico. Consiste en una gargantilla de gruesas perlas de cristal, una faja de seda azul á la cintura, un cuerpo de punto natural color carne sucio, un pantalón de igual tela y color, zapato bajo y gorro frío verde botella.

Al verla no pude menos de exclamar:

—Pero oña Gorgonia ¿de qué ha vestido usted á O?

—De odalisca francesa.

—Pero, señora, si en Francia no hay odaliscas.

—¡Ay! Sí, señor, que las hay. Lo sé de buena tinta. Me lo ha dicho el del tinte y quitamanchas de la esquina, que ha estado en París cuatro días. ¡Ya ve usted si lo sabrá! Y crea usted, D. Severo, que al vestirse así mi O ha realizado uno de sus más vehementes deseos. Desde pequeña siempre me lo ha dicho «Mamá, yo quiero ser odalisca»; pero como en España no hay *harémenes*, ya ve usted que no ha podido ser. Pero fíjese usted en Transverberación. ¿No es verdad que le sienta muy bien el traje de cantinera? También ésta ha vestido así por su gusto. ¿Le gustan tanto los militares?

—¿Conque qué le parecen á usted así mis niñas, D. Severo?

Excusado es decir que yo dije que me parecían hermosas como hadas, y que me deslicé en elogios á doña Gorgonia por su habilidad y buen gusto, elogios que á la hora de comer llegaron á traducirse en que siquiera por una vez me enterase de que doña Gorgonia solía echar alguna que otra vez en el cocido la cuarta parte de un chorizo extremeño clandestino.

SEVERO CANTACIARO.

HIMENEO

Si bien los dos corrimos al acaso jamás nos encontramos frente á frente; tú eras el sol que nace en el Oriente y yo el sol que agoniza en el ocaso.

Pero Cupido sale con buen paso del cielo en que reside eternamente: proyecta nuestra unión allí en su mente y amor nos brinda en incitante vaso.

Por más que á su convite resistimos, la presencia del dios nos magnetiza, y así, en la copa del amor bebimos.

Y como éste á los hombres diviniza, te amé, me amaste, ¡y desde entonces fuimos el mismo sol que nace y que agoniza!

CARLOS MIRANDA.

CANTARES

(PARA LOS MIL Y UNO)

LXVIII

En dos cosas se parecen un hombre y una mujer: en ser mortales entrambos y en andar sobre dos pies. FÉLIX RODRÍGUEZ Y RODRÍGUEZ.

LXIX

Corre la sangre en las venas, corre el agua por los ríos, mas no corre una peseta á través de mi bolsillo.

LXX

Un concurso de belleza han abierto ahora en Madrid, manda tu retrato, niña, porque el premio es para ti.

LXXI

Si quieres vivir dichoso no debes nunca creer ni en promesas de Gobierno ni en palabras de mujer.

LXXII

¡Cómo quieres que te olvide, serrana del alma mía, si conmigo he hecho cosas de esas que nunca se olvidan.

LXXIII

Cuando oyo la guitarra y principio yo á cantar, á pedacitos el alma parece que se me va.

BENITO E. ALCALDE.

LXXIV

Cuando yo esté en la agonía, si quieres que resucite, dame un beso como aquel que en otro tiempo me diste.

LXXV

Si yo pudiera vivir oculto tras tus pestañas, con qué cariño abriría tus ojos por las mañanas.

MANUEL DE GUMICHO.

LXXVI

Desde el marqués poderoso hasta el sastre conñado, todos víctimas han sido de mis continuos sablazos.

JOSÉ B. DE MADUEL.

LXXVII

Suspiran unos por gloria, desean otros dinero; con un beso de mi novia yo me doy por satisfecho.

LXXVIII

Diez pestas me ha costado satisfacer tu capricho; á pocos golpes como ese se desangra mi bolsillo.

JUAN TORRES.

LXXIX (*)

Las dos frases que en España hemos profanado más han sido: ¡Viva tu madre! y ¡Viva la libertad!

LXXX

¡Cantares gitano! ¡Os llevo en el alma!... (muerto) ¡Qué angustio que ya se me ha aquí bien los cantaba!

(*) Han sido publicados estos cantares, entre otros muchos, en el *Madrid cómico*; pero los insertamos en nuestro libro autorizados por el Sr. Cantarero.

PACIENCIA Y BARAJAR.

Es preciso aguantarse, ¡qué demonio!,
y me he de resignar... porque no puedo.
¡Borraré de mi mente su figura
y cerraré los ojos si la encuentro!

—Señores, qué mujer! No existe nada
más celestial en todo el universo.
Su gallarda figura parecía
el ideal que sirve de modelo
á los artistas que en el lienzo copian
la matrona romana de otros tiempos.
El talle airoso resalta hacia
la curvatura ebelta de su seno,
y encendían la fiebre en los sentidos
los breves pasos de sus pies pequeños.
Cuando la vi en la calle frente á frente
y me miró con sus ojos negros,
sentí en el corazón un ruido sordo
que fué á repercutir en el cerebro,
y una angustia en el alma inexplicable,
y una emoción que me llenaba el pecho.
Bajé la vista, me turbé al principio
y cuando fué extinguiéndose el mareo
pude ver muy despacio otras bellezas
que aterrorizaban su elegante cuerpo.
La rara conmovió que me produjo
la fuerza hermosa de sus ojos negros
paralizó el poder de mis sentidos
fascinando mi ser por un momento,
y me hizo recordar esas chiquillas
que se aparecen vagas en los sueños.
.....
Hoy ya sé que el conjunto de sus gracias
se rinden á un puñado de dinero...
y no puedo olvidarla... ¡me enloquece
y más me encanta cuanto más la veo!
Yo bien sé que muy fácil me sería
expresarla el cariño que la tengo
y escuchar sus palabras de ternura
y aspirar el perfume de un aliento,
si pudiera igualarle á los gomosos
que la ofrecen diamantes por sus besos.
Pero he de renunciar forzosamente
á ese grado ideal de mi deseo;
no puedo competir con esos niños
que compran las caricias con obsequios!
Son las leyes del mundo. Ellos se mueren
con todos sus caprichos satisfechos,
mientras alguien trabaja, y se fastidia,
y tiene un corazón lo mismo que ellos.

Peró hasta de quejas, ¡qué demonio!,
yo me he de resignar porque no puedo...
¡Borraré de mi mente su figura
y cerraré los ojos si la encuentro!

EMILIO DE MONTA.

EL CRIMEN DE ANOCHE (1)

—Tengo el honor de participar á V. E...
De una sola ojeada se hizo cargo del texto del oficio.
—Bueno... enterado.
—Mi buen amigo: el dador de la presente...
—¡Otra recomendación! ¡Y van ciento!
—Aquella mañana se había levantado S. E. con poquíssimas ganas
de trabajar.
—¿Quedan muchas aún?
El secretario dirigió una mirada elocvente por lo expresiva al enorme
montón de papeles que, formando piloncillo, se elevaba sobre una
de las mesas del despacho.
—Unas pocas.
Y ambos continuaron en silencio su tarea, con el apresuramiento
impaciente del que quiere acabar pronto.
—Bueno... una carta sin firma.
Y comenzó á leerla en alta voz con la displicencia propia de un
hombre aburrido.
—Aunque es poco agradable el papel de lazarillo—llevar de la
mano á un prójimo para que no se rompa las narices—me creo en el
deber de...
Dejó de leer en alta voz, y encarándose con su secretario le dijo:
—Retírese usted... ¡Pronto! No tengo más ganas de trabajar.
Cuando estuvo solo, leyó de nuevo aquel papel sin firma, y des-

pués dejó caer la cabeza sobre el pecho, anonadado, obeso por el
dolor.

—¡Peró si no es posible!... ¡Si no puede ser cierto!... ¡La madre de
mis hijos!... Y, sin embargo, este papel bien claro lo dice: todas las
noches... ¡es indudable, dice todas las noches!—tu mujer...—¡Ay Dios,
mi mujer!—aprovechando tu ausencia, recibe la visita del marqués
de... Puedes, si quieres, comprobar la noticia.

Automáticamente se puso en pie y estrujó el anónimo entre sus
manos con rabiosa desesperación.
—¡Pues la comprobaré, la comprobaré, y si la denuncia no es
falsa!...

Hizo una pausa, y en alta voz, perdida la conciencia de la realidad,
se interrogó á sí mismo.

—¿Peró quién firma esta carta?... Nadie. Es una carta sin firma. Un
anónimo. ¿Y quién la ha escrito, quién ha podido escribirla?... ¡Pues
cualquiera! Un valiente... uno de esos que tiran la piedra y esconden
la mano. ¡Quizás algún amigo mío!...

De repente se sintió aliviado.

—¿Quién hace caso de un anónimo?—y aspiró con satisfacción.

—Soy un infame, un miserable... He dudado, más aún, he creído...
¡Peró si no merezco perdón de Dios!... ¡Sospechar, dar fe á la calumnia!
¡Soy acreedor á que la mentira ha trocace en verdad, á que este
papel—y lo estrujó rabioso entre sus manos—monstruoso, cúmulo de
falsedades, fuese reflejo fiel de los hechos!

Se puso en pie, convaleciente aún de la emoción sufrida, pero ya
casi repuesto.

—He estado loco, pero afortunadamente he vuelto á recobrar la ra-
zón... Destruyamos la calumnia... ¡Ay, si de igual modo pudiese des-
truir al calumniador!

Después de haber reducido el anónimo á fragmentos impercepti-
bles, tocó el timbre y mandó que engancharan.

—¡A casa!

* *

Estaba tan emocionado que casi no podía hablar.

—¡Clementina!

Y sin darse cuenta de lo que hacía, la cogió brutalmente por los
brazos, la atrajo hacia sí, y la dijo mirándola fijamente á los ojos:

—¡Todas las noches, tu mujer!...

Ella, espantada, dió un grito, y entonces él, besándola en la frente,
en aquella frente inmaculada, tan blanca y tan tersa, se echó á
reír alegremente, dispáspado por completo todas sus dudas.

—¿Peró te has asustado?

Y para tranquilizarla la dijo en el oído con voz emocionada, estre-
chándola entre sus brazos:

—He venido sólo para esto, para besarte... Me he escapado del Mi-
nisterio, como un chiquillo travieso pudiera hacerlo de la escuela, por-
que tenía necesidad de verte... Ahora... me voy.

Ella se había calmado ya y sonreía.

—¡Yaya unas bromas que tienes!—y con tono mimoso—¿vendrás
muy tarde?

El misero volvió á mirarla á los ojos y se estremeció.

—¿Por qué me lo preguntas?

Clementina bajó los ojos ruborizada.

—Porque esta noche pensaba no acostarme hasta que vinieras.

—¡Ah, vida mía! Lo más pronto posible... á las dos, á las tres...

Sonó un beso.

—¡Hasta luego!

* *

Dieron las doce.

Hacia rato que S. E. luchaba con la idea, poderosa como una tenta-
ción, de abandonar por aquella noche sus trabajos y marcharse á su
casa.

Por fin ocurrió lo que ocurre siempre: el deseo se impuso al deber.

* *

Salió del Ministerio por una puerta excusada, sin ser visto de nadie.
Pensaba en la sorpresa que iba á proporcionar á su mujer y apresura-
ba el paso, ansioso de llegar cuanto antes á su casa.

—Hay luz en su alcoba. ¡Me espera!...

De pronto recordó las palabras del anónimo: «Todas las noches, tu
mujer...»

Se detuvo para tomar aliento, y después se dirigió cautelosamente,
con el andar sigiloso del reptil, á las habitaciones de su esposa.

De un empujón abrió la puerta.

—¡Clementina!

Peró retrocedió estupefacto. Su mujer no estaba sola. Al lado de
ella, de rodillas, había un hombre.

Los amantes, sorprendidos, se pusieron en pie.

Clementina, sin perder ni por un momento la serenidad, dió un salto
y apagó la luz.

—¡Miserables!

Y el desgraciado, con las manos extendidas, derribando á su paso
los muebles, se lanzó furioso á la caza de la adúltera.

—¡Por fin!

La había agarrado por el cuello.

—¡Perdón!... ¡Perdón!...

Peró él, implacable, apretaba con fuerza y con ansia.

—¡No hay perdón para tí!

(1) Del libro en prensa *Los que matan*.



EL ÚLTIMO COTILLÓN



Que bailar es caminar
á gozar del fuego eterno
en los antros del infierno,
dijo un varón ejemplar,
y yo digo que el varón,
cuando al infierno aludía,
sin duda se refería
al último cotillón.

Alvarado

y allí, entre una puntada y otra puntada, le conté sollozando las penas mías, y respondí la ingrata con faz airada que no le fuera á ella con tonterías!

Después me eché á la calle desesperado, llevando la cabeza como un hornillo, en el alma tormentos de un condenado y cuatro perras grandes en el bolsillo.

Corría como un loco, buscando á alguno en quien saciar, furioso, mi atroz coraje, y al cabo, casualmente, choqué con uno que me llamó enfadado *bruto y sztaje*.

Me lancé hacia mi presa ciego, demente, con rabia que no puedes imaginar; iba á hacerlo pedazos... y de repente ¡me pegó tres patadas, saltó la parte!

Entonces, con la pena que me mataha quise abreviar las horas de mi agonía, y al llegar al viaducto... ¡noté que estaba muchísimo más alto que yo creía!

Desde aquel día asíago no soy quien era y me paso la vida, bella Mercedes, encerrado en mi cuarto; como una fiera, dando calabazadas en las paredes.

Y al pensar en lo mucho que me quisiera tu perdía de ahora tanto me duele, que para no morir de puro triste ¡tendré que buscar otra que me consuele!

JULIO CABEZAS.

TIEMPOS DE LUCHA

El esta!o natural del mundo es la guerra. (Hobbes.)

El eminente ingeniero, gloria preclara de España, ha pasado un año entero al pie de la alta montaña que, cuando el viento se mueve, parece que se desploma, y en la que el sol y la nieve brillan juntos en su loma. Aquella mole gigante que eleva altanera al cielo su cumbre, como anhelante de unir firmamento y suelo, aquel coloso imponente, materia inerte aunque inmensa, ha resultado impotente contra el cerebro que piensa. Y el ingeniero estudioso termina su obra tan bien, que hoy por dentro del coloso se oye trepidar al tren.

No es esta la vez primera que el ingeniero ha vencido, ni hubo empresa en que no viera su talento enaltecido. Pero ¡ay! mientras él perfora los senos del alto monte y abre á la locomotora un nuevo y ancho horizonte, los organismos del mal minan su pulmón también y hacen su entrada triunfal juntos la tisis y el tren. El vencedor atrevido de fuerzas indestructibles, hoy á su vez es vencido de organismos inviolables. Y es que en luchar habrá empeño mientras nuestro globo anda, lo grande con lo pequeño, lo pequeño con lo grande.

JUAN LORENTE DE URRAZA.

EN EL ABANICO DE UNA NIÑA

Ciencia humana, yo te entregue á las dudas importunas de tu escepticismo ciego... ¿Que no hay ángeles? Lo niego. Si no existen, ¿por qué hay cunas?

FERNANDO VALDIVIA.



Don Sinesio Delgado, director de *Madrid Cómico*, ha experimentado la desgracia de perder un hijo suyo, niño de corta edad. Reciba nuestro estimado compañero la expresión de nuestro más sincero pésame (1).

**

(1) La disposición especial del número pasado de este semanario impidió la inserción en el mismo del suelto á que se refiere esta nota.

El insigne autor de *Don Juan Tenorio* se encuentra enfermo de gravedad.

Hacemos votos por el pronto restablecimiento del coronado poeta.

**

Durante todo el mes corriente venimos repartiendo á nuestros suscriptores, en unión de MADRID ALEGRE, números del magnífico semanario festivo *Valencia Cómica*.

Esta es una prueba más de lo mucho que apreciamos á nuestros numerosos favorecedores.

No creemos necesario decir que esta prueba terminará con el mes; pero por si acaso alguien creyese otra cosa lo advertimos.

Ahora bien, si alguien quiere seguir recibiendo ambos semanarios, puede conseguirlo mediante el pago adelantado de un trimestre de suscripción combinada, esto es, de 3 pesetas.

¿Estamos?

**

Tenemos reservada á la juventud literaria una grata sorpresa.

¿Que en qué consiste? Lean ustedes nuestro próximo número y... lo sabrán.

**

Ya se ha puesto á la venta el precioso poema *Tres noches*, de nuestro querido compañero Ricardo J. Catarinan.

Por *mor* del buen parecer nos abstenemos, á nuestro pesar, de prodigarle los elogios que merece; pero crean ustedes que es *bocatto di cardinali*.

Precio, una peseta. Para nuestros suscriptores setenta y cinco céntimos, franco de porte.

A nuestros correponales serviremos los pedidos que nos hagan con el treinta y tres por ciento de rebaja.

**

No creemos ocioso advertir de nuevo que no contestamos en la sección de *Aprobados y suspensos* á los que nos envían cantares para el primer tomo de nuestra biblioteca.

La contestación consiste en publicar ó no los cantares en los cuatro números siguientes al de la semana en que se haga el envío.



Satirico.—Pues, no, señor, no puede ser favorable la respuesta.

D. B. C.—Madrid.—Versifica usted bien, amigo, pero el asunto no es muy nuevo ni muy bonito que digamos.

K. P. Llan.—De buena gana le publicaría, pero tiene varios descuidillos, uno de los cuales es tomar por consonantes á *manera* y *pie-dra*, siendo así que aun ellos mismos están convencidos de que no lo son.

Amor.—Los versitos de este amor no me sirven, no, señor.

D. J. J. C.—De este caballero sí que aprovechará algo.

D. L. P. C.—Coruña.—Yo no sé si dudar que usted escriba en gallego; lo que está completamente fuera de duda es que escriba siquiera medianamente en castellano.

¿Suspense?—Sí, señor.

El Aragonés.—Es un caballero que escribe bastante mal, dicho sea sin ofender.

D. Juan Tenorio.—No debió nunca ocuparse en escribir versos.

Doña C. del P.—A vuestras plantas rendido

la diré, señora mía,

que aunque quise no he podido

aprovechar su poesía.

Figaro.—Veintidós cuartillas y ni una sola línea publicable.

D. R. del E. I.—Segovia.—¡Cuánto siento no poder publicar sus poesías!

D. A. E.—Elizondo.—Utilizaré algunos cantares... pero nada más. No recibí la carta á que se refiere.

Un cantautor.—Todos los cantares han de ser escritos en castellano. Sirven algunos de los que envía.

ACTUALIDADES MIÉRCOLES DE GENIZA



Memento homo..

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPañIA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

32 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

MADRID

DOCTOR MORALES

39.—Carretas.—39.

Pastillas y píldoras azoadas.

Tosca, catarros, asma.

Píldoras Lourdes.

Purgantes, depurativas.

Tónico-genitales.

Debilidad, impotencia.

Café nervino medicinal.

Jaquecas, epilepsias, etc.

Principales boticas y droguerías.

VALENCIA CÓMICA Y MADRID ALEGRE

COMBINADOS

En nuestro constante deseo de agradecer á nuestros favorecedores, hemos hecho un contrato con el magnífico semanario festivo *Valencia Cómica*, que nos permite ofrecer al público la suscripción combinada de ambos por el precio fabulosamente barato de

3 pesetas trimestre en toda España

Pedir más fuera gollería.

A los coleccionistas de MADRID ALEGRE

Participamos que ya se ha hecho la reimpresión de los números 1.º y 2.º de este semanario, cuya primera edición se había agotado y que los ejemplares de los veinte que van publicados se venden al precio corriente, esto es á

15 céntimos cada uno,

en la administración y en el kiosko de la Universidad, sito en la plaza de Santo Domingo.

El único encargado de la venta y reparto á cafés de *Madrid Alegre*, es

Don Julián Rodríguez,

kiosko de la Universidad, plaza de Santo Domingo.